

Memorias de un billete de 200

Raúl Espinoza M.

Soy un billete de 200. El más poderoso. Un billete más entre millones de impresos.

Estuve atado junto a centenares de mis hermanos, formando parte de lo que se denomina "un bastón", durante algún tiempo.

Yo soy el billete de la serie N° 00283690. Un billete inconformista, y por eso he de contar mi historia.

Me aburrí de estar ocioso. Quería trabajar, justificar mi existencia, ser un instrumento de trabajo, un motor vital.

Y llegó al día que tanto esperé. Un empleado bancario cortó la pita y dejamos de ser un bastón. Vi como mis hermanos fueron saliendo del banco, unos se iban en bolsillos de trajes finísimos, otros se fueron en viejas billeteras.

Soy el billete N° 00283690, el único inconformista. Fui puesto en manos de un próspero comerciante, que gana vendiendo fierros, vehículos, artefactos eléctricos, etc.

Luego, yo y mis hermanos fuimos entregados a un señor de dudosa reputación, a cuyas manos no hubiera querido llegar nunca; me tomó suavemente, acariciándome, antes de ponerme a su billetera. Perteneciéndole, viajaba en él y, en su automóvil transité la ciudad. Preso en su billetera oí que musitaba, "les enseñé a trabajar a quienes no creyeron en mí, cuando era pobre nadie me saludaba, ahora todos pretenden ser mis amigos, no me interesa la amistad, no tengo amigos, los utilizo cuando los necesito; la amistad funciona si existe de por medio un negocio... y la política es lo que menos me interesa, tengo amigos en todos los partidos y nunca me va mal".

Rompió su ensimismamiento en el momento en que llegó a un bar. Descendió de su automóvil seguro de sí, muy seguro porque me tenía junto a otros en el bolsillo. Caminó unos pasos pero se detuvo bruscamente, y eufórico se dirigió a un transeunte gritándole "Carajol, cuándo vas a pagarme lo que me debes...", la persona aludida le respondió "espérame un poco más" y añadió furioso "eres un ingrato, te hice muchos favores y me pagas de esa manera"; quien me llevaba, respondió iracundo "última advertencia, de lo contrario ya verás...".

Quedó nuevamente solo, muy nervioso volvió a caminar. No me sentía bien en su bolsillo pues me di cuenta que no siempre nos poseen los que sudan o los que piensan. Hay tanta gente que suda de sol a sol y jamás podría tener un billete de mi valor.

Me sentí mal, quería ser de otro.

Y los dioses oyeron mis ruegos, pues el comerciante me gastó en un tris en un bar de lujo, valí una botella de whisky, dos cocas y dos cajetillas de cigarros. Ya no era de aquel hombre que gana sin esfuerzo y me gasta humillando.

No recuerdo cuántos días estuve en el bar, por ahí circulan muchos de los míos. Ahí frecuentan funcionarios del gobierno, empleados bancarios, transportistas. Desde luego que visitan también gentes que ganan poco y uno que otro desheredado.

La señora a quien yo pertenecía, un día me levantó y seleccionó entre billetes de mi corte.

Mis nuevos compañeros ya habían circulado mucho, algunos se encontraban envejecidos sin ganas ni aliento

para seguir trabajando.

Fui llevado entre otros diecinueve billetes a un ropero. Ahí estuve inactivo como un mes, al cabo de ese tiempo fui alejado de mis compañeros, serví para pagar diez días de trabajo a un albañil; entonces recordé algo que me contaron mis hermanos del mismo valor: en otra circunstancia no alcanzaron a ser ni siquiera una coima para un empleado de mínima cuantía, de una oficina pública.

El albañil me llevó a su morada, ahí me sentí más tranquilo. Recuerdo que fui guardado en el bolsillo de un terno que era utilizado muy rara vez.

Quiso ahorrarme, y la verdad es que yo me sentí muy bien sin trabajar, pensé que en situación de ahorro estaría mejor. Pero es difícil, en manos de los que sudan no podemos quedarnos; pasamos como agua que cruza un canal. La familia debía vivir, por lo que me aparecí en el mercado para la canasta básica del mes. Una vendedora me guardó cuidadosamente y esa misma tarde junto a otros billetes fui trajinado en la calle de los librecambistas. Valía esa época cuarenta monedas del gran imperio. El librecambista ganando unos centavos, compró conmigo otras monedas al hijo de un diputado. Con el jovenzuelo terminé en un prostíbulo junto a otros billetes menores, pagué la bebida y la descarga nerviosa en una "señorita" que sentí asco del borracho que traía encima. En menos de diez minutos me vi en manos de ella, más no pudo retenerme en su poder 24 horas, pues tenía un niño que mantener con el producto de ese duro oficio, así que fui pagado a un médico para curar la fractura de uno de los brazos que el párvulo se hizo en un accidente.

El médico me puso en su billetera, se arregló la corbata y salió de su consultorio rumbo a su auto para dirigírnos sin destino aparente durante unos 45 minutos. Sentía poco a poco una suerte de tedio y náusea indescriptibles. Entré otra vez a un bar, esta vez de manos del traumatólogo. Ahí, lo esperaban muchos. Eran jóvenes todos y algunos con los bolsillos vacíos; como buen padrino, la mesa llenó de cervezas. Mis hermanos menores fueron gastados, apenas me hizo caso. Qué desdicha otra vez pertenecía a la frivolidad y la ostentación, por ello percibía cómo sacándome junto a otros hacía esfuerzos por lucirme e impactar a los parroquianos de las mesas vecinas. Habló hasta cansarse, sus amigos se limitaron a escucharle. Las horas corrieron y llegó un momento en que no se entendía. De pronto mi poseedor apareció solo. Aturdido y zigzagueante salió del bar, buscó torpemente en el bolsillo la llave de su vehículo, la billetera entonces cayó al suelo. Varias horas estuve en la calzada, pegado a la vereda, inadvertido.

De pronto me encontró una pordiosera que me llevó a su miserable vivienda.

La pordiosera no compra nada. Todo billete o moneda que le dan termina guardándolo. Ella come pan duro remojado en té. No necesita nada más para vivir y estoy seguro que no me gastará, es posible inclusive que ni conozca mi valor ya que es casi ciega.

Estoy aquí entre muchos billetes de baja cuantía y un cúmulo de monedas. Me acompañan también billetes rojos de cien, que pasaron hace más de dos lustros.

Raúl Espinoza Maldonado, Oruro-1960. Poeta y escritor. Librepensador del underground orureño.